

**PATERNIDADES**

**Daniel Gil**

**julio 2013**

## 1ª Parte: La paternidad en la encrucijada

*La burguesía siempre ha tenido dominada la situación, ha puesto fin a todas las relaciones feudales, patriarcales, idílicas.*

*Manifiesto del Partido Comunista*  
K. Marx y F. Engels

*El patriarcado es una organización, impuesta desde las instituciones, caracterizada por la autoridad de los hombres sobre las mujeres y sus hijos en la unidad familiar. Para que se ejerza esa autoridad, el patriarcado debe dominar toda la organización de la sociedad, desde la producción y el consumo a la política, el derecho y la cultura. [...] Sin la familia patriarcal, el patriarcado quedaría desenmascarado como una dominación arbitraria y acabaría siendo derrocado por la rebelión de 'la mitad del cielo' mantenida bajo sometimiento a lo largo de la historia.*

Manuel Castells

### Introducción

Mucha agua ha corrido bajo los puentes en estos últimos treinta o cuarenta años. El problema es que, en muchas situaciones, mientras el agua fluía, y cada vez más rápido, nosotros estábamos detenidos sobre el puente creyendo que como nosotros estábamos quietos el agua también lo estaba.

Creo que uno de los problemas más importantes, si no el más importante para los psicoanalistas en el momento actual, es el ser sensibles a los cambios que se han producido en la sociedad, pero nos hemos aferrado a los viejos paradigmas y no hemos sabido utilizar los instrumentos disponibles o reconocer su insuficiencia y encontrar o inventar otros nuevos para interpretar los cambios vertiginosos de la realidad social y política.

El problema del padre es uno más, no el único, y se enmarca dentro un tema, mucho más vasto, el de de la familia.

¿Por qué, entonces, está preponderancia al tema del padre? Tal vez porque el padre en Occidente ha sido el eje de la sociedad patriarcal, y por ello puede aparecer como central. Pero hay algo más, y de alguna manera más significativo: por el lugar que ha ocupado el padre en Occidente su función, como lo han mostrado Freud y Lacan, está relacionada estrechamente con el lugar del Otro. Las modificaciones y el decaimiento del Otro en la posmodernidad van, por lo tanto, a la par del decaimiento de la figura del padre.

Entonces, como el padre es padre de alguien, y esposo de alguien, habría que ver cómo se implican y se relacionan entre sí los elementos de esa estructura que se llama familia. Y desde la mirada más superficial se comprueba que el padre ha sido destronado del lugar que ocupaba en Occidente hasta no hace muchos años. ¿Estas transformaciones en la familia nos hablan de variaciones contingentes, manteniéndose las invariantes incólumes o, por el contrario, la variación ha sido sustantiva y la estructura se ha modificado?

Veamos dos caracterizaciones de la familia que distan entre sí unos cuarenta años. La primera es de Levi-Strauss que definía la familia de esta manera: La familia tiene su origen en el matrimonio, incluye al marido, la esposa y los hijos fruto de esa unión. Los miembros de la familia están unidos entre sí por lazos jurídicos, derechos y obligaciones de naturaleza económica.<sup>1</sup>

Por su parte Nadine Lafaucher dice que prefiere "partir de un dato antropológico conocido: la existencia, en todas las sociedades, de bebés recién nacidos y niños que deben ser alimentados y

<sup>1</sup> Levi-Strauss C.- "La famille". En: *Le regard éloigné*. Ed. Payot. Paris. 1983.

cuidados para perpetuar la sociedad. Un dato antropológico que, en distintas épocas, lugares y grupos, ha dado lugar a distintas normas en cuanto a la delegación de responsabilidades en la manutención de los niños.”<sup>2</sup>

Lévi-Strauss, fiel a su concepción del intercambio, centra su definición en el matrimonio (la relación de alianza), y la estructura de la familia que se llamará nuclear, es decir, el padre, la madre y los hijos. Nadine Lafaucher, por su parte, aunque hace mención a la antropología, su definición es sociológica. En ella pone el acento sobre la función del cuidado de los niños, sin lo cual una sociedad no podría sobrevivir. *En su caracterización de la familia no menciona ni al matrimonio, ni al padre ni a la madre. No designa, específicamente, quienes deben cumplir la función del cuidado de los niños, dada la variedad de agentes que se pueden encargar de ella.*

En suma: no existe la familia, en todo caso, y a lo sumo, podemos hablar de familias. Pero es tal su variedad que algunos sociólogos piensan que sería mejor prescindir de ese concepto.

Claro que para muchos este problema ha quedado (aparentemente) zanjado diciendo que aunque la función puede ser cumplida por muchos, en sí seguirá siendo materna o paterna, con lo cual reconducimos las particularidades antropológicas a las categorías de Occidente en el siglo XIX y XX.

Pero lo que quiero destacar es que en la definición de la familia de Nadine Lafaucher se ha prescindido del padre y también de la madre para caracterizarla, lo que es un síntoma evidente de los cambios sociales, de las mentalidades y de las subjetivaciones, propios de la posmodernidad.

En otro lugar he hecho una historia de la familia en Occidente y de distintas formas de familia que se pueden encontrar desde el punto de vista antropológico.<sup>3</sup> Eso me llevó a plantear que no existe la familia y que en realidad encontramos diversas formas de organización familiar. Es decir que antropológicamente no es correcto pre-suponer que *siempre*, cualquiera sea la forma de organización familiar, vamos a encontrar, detrás de las variables, la misma forma invariante que, ¡oh casualidad!, es la de la familia burguesa del siglo XIX y principios del XX. Si superamos el eurocentrismo veremos que hay sociedades en que hay varias madres y el padre ocupa una posición relegada; otras en que no hay matrimonio ni es conocida la figura del padre; otras en que la educación de los niños y los jóvenes está repartida entre el padre biológico y el hermano de la madre; etc.

### **La “paternidad” en Esparta. Un ejemplo**

Varios de estos ejemplos los expuse en nuestro libro *¿Por qué me has abandonado?* Aquí daré un ejemplo más, que no conocía en el momento de la redacción del libro, que se lo debo a mi querido amigo Ignacio Lewkowicz. Se trata de la organización de Esparta entre los siglos VI y IV a. C.

Cuando un niño espartano nacía era llevado al tribunal de los viejos, quienes evaluaban si reunía las condiciones de un espartano. Si era aprobado vivía, si no – no se puede decir que muriera porque no había nacido, ya que hasta que no era reconocido no había nacido - se lo tiraba de la Roca Tarpeya. No se lo enterraba porque enterrarlo significa que ese sujeto nació, dado que el nacimiento no es un hecho biológico sino un hecho cultural que es sancionado con un acto simbólico.

Además, si bien hasta los siete años era cuidado por la madre, ésta no lo amamantaba, lo que hacían nodrizas, que eran funcionarias del Estado. Luego de los siete años pasaba a una educación por otro funcionario del Estado, el *paidonomo*, para luego, a partir de los doce años pasaba a un régimen de internado militar, con un instructor, por el resto de su vida, generándose vínculos estrechos. Cada grupo de los espartanos tenía el gran orgullo de ser invencibles en el ejército y esa invencibilidad se debía a la cohesión que habían tenido desde la infancia, una cohesión que no era solo amistosa y militar sino que estaba basada también en el vínculo erótico homosexual.

---

<sup>2</sup> Lafaucher N.- “Niños sin padre, madre sin cónyuge: un enfoque paradigmático.” En: *Nuevas formas de familia. Perspectivas nacionales e internacionales*. Ed. UNICEF. Montevideo. 2003

<sup>3</sup> Gil D. y Núñez S.- *¿Por qué me has abandonado?* Ed. Trilce. Montevideo. 2002.

Los “padres”, mejor dicho los inseminadores, eran elegidos entre aquellos que se pensaba estaban en mejores condiciones para procrear y procreaban no para tener hijos para ellos mismos, sino que lo hacían pensando en generar futuros ciudadanos de Esparta. No había entre ellos y sus “hijos” ningún tipo de vínculo filial. Las madres eran las que tenían más contacto con los hijos y el orgullo de las madres era que el hijo volviera -si iba a la batalla - como triunfador o sobre el escudo, es decir muerto. El muerto era enterrado y las madres que tenían hijos héroes, tenían nombre en sus tumbas, si no eran enterradas sin nombre.

La figura de la mujer, si bien por la crianza tenía un vínculo más próximo con el hijo, tampoco llegaba a tener la jerarquía que adquirió luego en la cultura Occidental. Es interesante señalar que Platón en *La República*, cuando plantea la república ideal, traslada prácticamente en los lineamientos generales la organización espartana.

Sabemos que ese fue un plan que no duró mucho tiempo, pero tampoco fue pequeño ya que Esparta tuvo un gran peso político y este sistema de organización social y política duró más de 150 años.

En este ejemplo, como en muchos otros que la antropología y la historia nos aportan, al igual que en muchos casos en la sociedad actual, nos enseñan que no es la figura del padre, tal como se gestó Occidente, la única posible. Por lo tanto debemos sacarnos de la cabeza que “el (ese) padre es imprescindible para que haya Cultura”. Ha sido imprescindible sí para la cultura Occidental hasta el siglo XX, pero no podemos pensar que ese modelo de padre sea un universal y ni que sea el fundamento y la razón de todas las culturas, ni siquiera que el padre es imprescindible en funcionamiento social, como lo muestra la cultura Na.<sup>4</sup> Lo que sí es imprescindible es la existencia de una función simbólica.

### **La paternidad en Occidente en el fin de la modernidad**

¿Y qué nos ha enseñado Occidente en el siglo XX y, sobre todo en las últimas tres o cuatro décadas? Si bien el origen de la familia nuclear lo podemos remontar al siglo XIX como necesidad de la economía industrial, es recién en el XX que ese modelo se consolida. Pero, si por un lado, la familia nuclear se ajustaba a las necesidades de un mercado que exigía gran movilidad, por otro, a medida que la mujer pasó a ocupar un lugar cada vez más importante en el mercado laboral, la división por géneros, con la consiguiente supremacía masculina, se iba debilitando y consecuentemente la estabilidad de la familia nuclear.

Como lo ha señalado entre nosotros José Pedro Barrán, el acontecimiento histórico que ha provocado mayores consecuencias ha sido el de la liberación de la mujer. Con su entrada al mercado de trabajo su posición en el seno de la familia varió sustancialmente, con ello las famosas funciones paterna y materna, tan rígidamente establecidas por la sociedad patriarcal, comenzaron a desdibujarse. La clásica familia, -en que el sustento material era aportado por el cónyuge y la mujer se encargaba de las tareas domésticas y la atención de los hijos, luego de los años '50 del siglo XX-, tiende a desaparecer a pasos agigantados. En la actualidad en el mundo desarrollado, y también en nuestro país, es cada vez más frecuente que la mujer haga un aporte importante a la economía doméstica, siendo a veces más grande que el del hombre, transformándose en jefa de hogar.

La Iglesia, desde el siglo XII, había establecido la indisoluble unión entre matrimonio, sexualidad y procreación, es decir que la sexualidad sólo se legitimaba si su destino era exclusivamente el de la procreación. El deseo y el placer, siempre en relación con el pecado, debían quedar excluidos. Todo ello se reforzó cuando se estableció que el matrimonio era un sacramento. Así, el lazo de alianza, por esencia cultural, quedaba fundado como vitalicio por su carácter sagrado, al igual que el lazo de consanguinidad, vitalicio por su esencia “natural”.

Esta relación, -que se había ido debilitando, primero cuando el Estado recupera para sí la consagración del matrimonio, con lo cual quedó abierta la posibilidad del divorcio-, hizo que el matrimonio pasara a ser una relación precaria, con la consiguiente aparición de nuevas familias ensambladas y de las actuales familias monoparentales. Estas últimas no son fruto exclusivo de los divorcios o de la disolución de parejas consensuales que se separaron, a veces son el resultado de una elección de la mujer. Con la disociación del matrimonio de la sexualidad, del amor

<sup>44</sup> Ver *¿Por qué me has abandonado?* p. 88-87.

(requisito éste que recién empieza a circular en el siglo XVIII) y de la procreación, quedó abierta la vía para un ejercicio libre de la sexualidad como búsqueda exclusiva del placer, tanto para los hombres como para las mujeres. Ya la búsqueda del placer no fue más un privilegio del hombre. Con la aparición de la píldora se radicalizó la disociación que se venía dando entre la procreación y el placer. La mujer accedió así al placer sin el temor de quedar sometida a las consecuencias de un embarazo no deseado. En el siglo XX, la mujer, progresivamente, se fue haciendo dueña de su cuerpo y de sus placeres.

Al mismo tiempo, las técnicas de fertilización asistida hicieron que el hombre fuera prescindible cuando una mujer quería tener un hijo. De allí la aparición de niños sin padre y madres sin cónyuge. Estas técnicas han posibilitado que las parejas lesbianas pudieran tener hijos y que, con igual derecho, los *gays* reclamaran la posibilidad de adoptar hijos. Por otra parte, en nuestro país, los estudios han mostrado la altísima frecuencia con que el padre, luego de la separación, se desinteresa del cuidado y manutención de los hijos.

Lo cierto es que frente a esta diversidad de “familias”, (clásica, de divorciados que vuelven a casarse y donde hay hijos comunes más hijos de cada uno de los progenitores, familias monoparentales, las familias de parejas lesbianas o *gays*, etc.), el eslabón más frágil de esa estructura son los niños, que son los más débiles frente a todos estos avatares. En este sentido, los estudios sociológicos demuestran que cuanto más estable es la familia, cuanto los lazos son más firmes, cuando los niños son educados adecuadamente en el plano afectivo y material, los hijos tiene mayores posibilidades de realizarse. Todo parece indicar que una madre con un padrastro o un padre con una madrastra, o los padres adoptivos, o los padres homosexuales, o un padre o una madre solteros con una abuela, o uno de los dos padres solo, son tan efectivos como cuando un niño se cría dentro de la familia clásica. Cualquiera sea la situación, el niño se criará sin problemas si la crianza estuvo acompañada por seguridad y afecto. Es decir que no podemos atribuir los fracasos en la realización personal o la patología a las nuevas formas de familia sino que parecen ser el efecto de la manera en que se realizan los intercambios afectivos. Por ahora los estudios sociológicos han concluido que el efecto de la estructura familiar en sí es escaso: la amplia mayoría de los niños que crecen en familias no “clásicas” no presentan peores rendimientos que aquellos que pertenecen a familias “clásicas”. *Lo que sí influye en el rendimiento de los niños es el nivel de conflictividad entre los padres y el deterioro de la situación económica.*

Se encuentran diferencias importantes ante todos estos problemas y modalidades dependiendo de los grupos etarios, nivel de educación y socioeconómico.

A todo ello debemos agregar otro factor decisivo se refiere a la ideología o al imaginario social que opera en la época o en el grupo.

### **Desafíos al psicoanálisis desde *Tótem y tabú***

Muchos psicoanalistas, sobre todo aquellos que limitan su ejercicio a la práctica privada, siguen pensando la familia como si ésta fuera la familia nuclear de la burguesía. Con ello se produce un escotoma enorme que repercute en la práctica. Si se sigue manteniendo ese modelo como norma también se va a normativizar. Desde cierta la doctrina psicoanalítica se desprende que la familia nuclear con la pareja constituida es la mejor forma de crianza de los hijos. Como vimos, los estudios sociológicos sostienen que es poca la incidencia de la estructura familiar sobre el desarrollo del niño, que más importante que eso es el investimento afectivo y la adecuada disponibilidad de bienes materiales y culturales lo que más influye en la formación del niño.

Nada mejor que tomar en cuenta el mito de la horda para ver el lugar que le otorgó el psicoanálisis al padre en la cultura en sus primeras épocas y hasta no hace mucho. Freud tuvo la necesidad de poner un momento fundacional de la cultura, para eso inventa un mito: el mito de la horda, mito de una fuerza y una riqueza enorme, sobre el cual vale la pena reflexionar un poco sobre él para ver los implícitos que tiene.<sup>5</sup>

En primer lugar, implica que no hay sociedad, no hay cultura, sin un padre. Pero ¿cuál es este padre? y aquí hay un movimiento dialéctico muy hábil de Freud: el padre nace después que lo matan. Una cosa es el jefe de la horda y otra cosa es el padre.

---

<sup>5</sup> Para un desarrollo del papel del mito en psicoanálisis ver mi trabajo “El recurso al mito en la teoría y en la práctica psicoanalítica. En: *Errancias*. Ed. Trilce. Montevideo. 2011.

Es decir que el padre, el origen del padre, es fruto de un crimen cometido por los que se constituirán, a partir de allí, como hijos. A esto agrega la antropofagia, el canibalismo, que por una suerte de extraño milagro o proeza acrobática inexplicable, no se sabe cómo “tragándose” a ese ser tan terrible, como era el padre de la horda, se transforma en un elemento fundador de la ley, de la cultura, aunque Freud lo explica diciendo que saciado el odio con el crimen quedan liberados los sentimientos de amor. La dificultad de esta explicación radica en que no es fácil imaginar que ese macho de la horda pudiera generar sentimientos de amor. Pero aunque Freud no lo plantea desde el mito sí podemos pensar que ese aspecto terrible del “padre” de la horda no queda cancelado y luego reaparece como sadismo del superyó (Freud) o como el superyó obsceno y feroz que exige gozar (Lacan).

Entonces, es de ese canibalismo -tema que preocupaba además a la cultura antropológica de la época- a partir del cual se funda la cultura, se funda la ley y el deseo, se funda lo simbólico, y en el centro de todo esto está la figura de “el padre”.

Ahora, si la teoría sostiene que la cultura se funda sobre la muerte del padre y sobre una violencia originaria, ello va a tener enormes implicancias filosóficas, éticas, psicológicas, en el desarrollo de la teoría y en la práctica.

Si bien el pensamiento psicoanalítico de los primeros tiempos, el freudiano y el de los primeros pensadores psicoanalistas, significó un cambio sustancial en la manera de pensar el lugar del hombre y de la mujer, la concepción también pagó tributo -y fue expresión- del pensamiento de una época, que desde el hoy lo podemos entender en el entramado del saber-poder, con sus implicancias en el pensamiento científico y también como la propagación, la difusión y el mantenimiento del lugar de la mujer y del hombre dentro de la sociedad burguesa patriarcal.

Muchos cambios se han producido. En este momento hay padres, padrastros, amigos de la madre, etc., es decir una gran variedad de formas de la figura del padre y no existe más aquella referencia única y exclusiva a un padre concreto, el padre del patriarcado.

Pero si bien el padre de la sociedad patriarcal no ha desaparecido, no podemos pensar que sea una figura atemporal, eterna, desde el origen de los tiempos hasta la oscuridad del Apocalipsis, sino que es una contingencia histórica. Muchas y variadas pueden ser las figuras del padre, pero además, y como lo enseña la antropología y los estudios sociológicos actuales, está el hecho que la función simbólica de corte, de separación, se puede realizar de distintas maneras y por distintos actores o formas de la organización social, y no sólo por un padre o su sustituto.

## 2ª Parte: Los avatares de la paternidad.<sup>6</sup>

*Jesús —¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?— Y extendiendo la mano hacia sus discípulos, dijo —Estos son mi madre y mis hermanos. Pues todo aquel que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.*

Mateo. 12, 48-50

*Sucedió que, estando él diciendo estas cosas, alzó la voz una mujer, y dijo: —¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!—. Pero él dijo —Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan.*

Lucas. 11, 27-28

*Dios ha muerto.*

*La gaya ciencia §125.  
F. Nietzsche*

*El mito de la muerte del padre es, efectivamente, el mito de una época para la cual Dios ha muerto.*

*La Ética 16 de marzo de 1960  
J. Lacan*

### Introducción

Hasta el siglo XX en nuestra cultura nada, exceptuando la maternidad, era tan claro como la paternidad, porque el padre era quien cumplía una función simbólica: era el que daba el nombre, es decir, reconocía al nacido como humano, integrante del grupo (persona, sujeto). Pero, por ser un acto simbólico por excelencia, la paternidad era un acto de fe, vale decir que todo su valor estaba asentado en el enunciado performativo del reconocimiento.<sup>7</sup> Y en Occidente esta era la tradición. De ahí que, con un espíritu etnocéntrico, juzgáramos todas las culturas a partir de este principio y al esposo-de-la-madre, cualquiera fuera la cultura, se lo equiparara con el concepto de “padre”, aunque sus funciones podían diferir enormemente de lo que se entendía por “padre” en Occidente. Ello llevó a que se cometieran gruesos errores en el análisis de otras culturas al

<sup>6</sup> Trabajo presentado en el marco del *Coloquio Paternidades. Luces y Oscuridades*. Organizado por el *Instituto Mujer y Sociedad*. 30 de setiembre. 2011.

<sup>7</sup> Sin duda, en la actualidad, con el ADN se puede demostrar quién es el que engendró (acto natural) un hijo, pero el hecho de engendrar, en todo caso, solo constituye a “un padre” desde el punto de vista biológico y jurídico. Pero, de nuevo, por el mero hecho de engendrar alguien no se es padre, al punto que, con las técnicas de inseminación, ya ni siquiera es necesaria la presencia de un hombre para la fecundación, basta un espermatozoide. Quiero decir que, a diferencia del engendramiento, que es un hecho biológico, la paternidad es un hecho social, cultural y simbólico por excelencia. Pero las cosas no terminan ahí y para mostrar su complejidad comparto una comunicación de mi amigo y colega José Assandri en la que me dice que días atrás tomó conocimiento de que un donante había “engendrado” 150 “hijos”. ¿Es esto un padre?

reducirlas a todas al patrón de la cultura occidental, es decir, el de interpretar toda la cultura bajo el modelo de la familia nuclear de la modernidad que, obviamente, coincidía con la estructura edípica.

Por ello, para aproximarnos a este tema, y lo que es la paternidad en la actualidad, debemos plantear ciertos recaudos. Y el primero es el de no considerar que la paternidad, tal como la ha concebido Occidente, es un universal, y ni siquiera que la paternidad es universal. Por ello debemos dejar en suspenso el concepto “padre” y referirnos al “esposo-de-la- madre”. ¿Por qué? Porque hay sociedades en las que la madre

- tiene más de un esposo (tupi-guaraní);

- en que el esposo realiza las mismas tareas y con la misma eficiencia y dedicación que la madre en lo referente al cuidado de los hijos, exceptuando, obviamente, el embarazo y la lactancia (arapesh, trobriandeses);

- otras, como en las sociedades matrilineales y patrilocales del Archipiélago de las Trobriand, en que el esposo-de-la-madre cumple el cuidado de los hijos durante un tiempo y luego es el hermano-de-la-madre quien pasa a ocuparse de la educación del niño;

- o sociedades en que los niños tienen varias madres (makhuwa);

- o, simplemente, la madre no tiene esposo y por lo tanto son culturas sin “padre” (Na), es decir que en su universo no existe ningún término ni concepto para lo que se designa como “padre”, y que por lo tanto la función simbólica se realiza por otras vías;

- o, como el caso de Esparta, expuesto en la primera parte, donde el hombre, seleccionado por el Estado, oficiaba simplemente como el fecundador, la madre era la procreadora, pero la educación del niño a partir de los 7 años quedaba en manos de cuidadoras y a partir de los 12 del *paidonomo*.

Todo esto no es mera curiosidad exótica sino que nos permite mirarnos en ese espejo para estar más despejados para comprender las nuevas formas de la “paternidad”.<sup>8</sup>

Pero antes, y enmarcados como lo estamos, en el ámbito de este grupo que se dedica a los problemas de la sociedad y la mujer, y siendo uno de esos problemas el de la violencia, quisiera desplegar las formas de la violencia

### **Una noticia de actualidad**

En una nota periodística aparecida en octubre del 2011 leo el juicio fallado a favor de una mujer que reclamó el uso de embriones obtenidos de la fecundación de sus óvulos y espermatozoides de su ex esposo, -del cual se haya separada desde hace cinco años-, contra la voluntad de este, con el argumento de que dichos embriones son suyos.<sup>9</sup>

¿Qué idea de la paternidad y de la maternidad está aquí en juego? ¿Cuál es este deseo de madre? ¿Qué lugar tiene para ella el hombre y el padre? ¿Cuál la postura del poder judicial que autorizó esto? ¿No nos habla todo ello que las categorías de paternidad y maternidad, de función paterna y materna, se han modificado radicalmente? ¿No muestra claramente este episodio subversión de la máxima kantiana de “puedes porque debes” a la tan posmoderna de “debes porque puedes”.

### **¿Qué padre?: De la modernidad a la posmodernidad**

Volviendo al tema del padre, lo primero que podemos afirmar es que, como ya lo dijimos, la idea de “padre” no es un universal para todas las culturas, ni siquiera lo es para la cultura occidental, y tal vez el cambio mayor se ha producido durante la modernidad y “aquellos polvos han traído estos lodos”.

Nietzsche, entre 1881 y 1887, escribe la *Gaya Ciencia*, y en su fragmento 125, “El loco”, estampa una frase que se hará famosa: “Dios ha muerto”, y ha muerto porque nosotros lo

<sup>8</sup> He desarrollado estos temas en el capítulo 2, “Lugares y funciones. La anatomía, ¿es el destino?” del libro que he escrito, en coautoría con Sandino Núñez, *¿Por qué me has abandonado?* Ed. Trilce. Montevideo. 2002.

<sup>9</sup> Alkolombre P. – “Deseo de hijo no es pasión de hijo”. *Página/12*. “29/O/2011”.

matamos cometiendo un delito demasiado grande para nuestras fuerzas, de lo cual no somos conscientes. En una prosa incomparable vaticina lo que será el mundo: “los que nazcan después de nosotros pertenecerán, a causa de ella, a una historia más elevada que lo fue historia alguna”. Y Nietzsche tiene razón en lo que describe como consecuencia inmediata: la desazón, el desconcierto, la desorientación y la culpa. Pero en lo que se equivocó fue en el pronóstico a largo plazo: no nos hemos convertido en dioses, ni siquiera nos asemejamos a ellos, aunque muchas veces lo creemos, y mucho menos pertenecemos a una historia más elevada.

Pocos años después, en 1913, Freud escribe *Tótem y tabú*, otra variante de la muerte de Dios. En esta obra desarrolla el tema del asesinato del “padre”, el pasaje de la naturaleza a la cultura, la emergencia de la ley y el deseo. Aquí ya queda más explicitado el tema de la relación del padre y Dios, Dios como la proyección de la figura paterna, tema que ya Feuerbach había planteado.<sup>10</sup> Freud aporta además, a partir de la idea del superyó, su constitución ya sea como ideal del yo o como superyó sádico (padre terrible), ambas figuras del padre, temas que Lacan desplegará.

Que el problema del padre estaba sobre el tapete, es decir que su figura estaba en crisis, es evidente en la obra de Dostoievski, obra en la que se puede leer en clave el tema del parricidio, y que explicita en *Los Hermanos Karamasov* (1880): el asesinato de ese padre-Dios-terrible, con su dimensión de impostura, que llenó a Fedia de odio y de culpa masoquista.<sup>11</sup>

Y ni que hablar del padre de Kafka, magistralmente descrito en la *Carta al padre* (1919), tal vez el documento más conmovedor de la relación de un hijo con un padre terrible. Y entre nosotros, la obra de Francisco Espínola, en la que, en varios cuentos de factura impecable, muestra la ambivalencia de la relación con su padre.

Decía que esos padres ya eran expresión de un padre en crisis. El viejo Mijail Dostoievski se derrumba luego de la muerte de su esposa. Retirado en sus campos, en donde se comportaba como un padre de la horda, en la noche, y tal vez ebrio, habla con ella, y luego, cambiando la voz, “ella” le responde. Fue asesinado seguramente por sus propios siervos pero sin que nunca se encontrara a los culpables. Lo hallaron a la vera de un camino con el cráneo roto y los genitales aplastados. En Espínola también se ve la lucha interior entre un padre terrible y un padre tierno, sobre todo en “Visita de duelo” (1922), en “Todavía no” (1925), “El rapto” (1926). Y ni que hablar de la impresionante figura de Kurtz, el personaje de *Un corazón en las tinieblas* (1902) de Joseph Conrad, una suerte de padre de la horda redivivo, capaz de las cosas más terribles, pero que en sus últimas palabras lo único que puede decir es: “¡Oh, el horror! ¡El horror!”

La modernidad, que conoció el auge del patriarcado, también conoció su declinación. Tomando la referencia de “nuestros adelantados”, los escritores, podemos decir que, por ejemplo, la imagen de padre que se desprende la impresionante obra de Albert Camus, *El primer hombre* (1960), que dejara inconclusa al morir; como la del padre que Paul Auster nos muestra en su conmovedor relato *La invención de la soledad* (1982); como la imagen del padre de Raymond Carver en su testimonio *La vida de mi padre* (1968), para citar solo algunos, pero sin duda relevantes, que revelan elocuentemente la modificación de la figura del padre.

De la lectura de estos autores, y otros que sería un exceso citar, y de la experiencia clínica, se comprueba la justeza de la distinción que realizara Lacan, siguiendo los pasos de Freud, entre un padre real, un padre imaginario y un padre simbólico. El primero, marcado por la castración que, vía padre muerto, trasmite la ley y los ideales (ideal del yo), formas del padre simbólico (el Otro);<sup>12</sup> y el padre imaginario, figura del superyó “obsceno y feroz”, que exige gozar.

Adelanto ahora una tesis: todas las “oscuridades” actuales en torno a la paternidad son consecuencia de la forma en que se encarna el Otro en la posmodernidad.

De la experiencia inaugural del estadio del espejo,- en donde el niño, desde su inmadurez neurofisiológica, aprehende, en forma anticipada, la unidad-, surge la constitución del yo (*moi*) como imaginario, narcisista y paranoico. En el texto “De nuestros antecedentes” Lacan agrega un detalle significativo: en ese momento, el niño, que se encuentra en brazos de su madre mirándose en el espejo, gira su cabeza y mira a la madre. Primera circunstancia en que distingue la imagen

<sup>10</sup> Feuerbach (1804-1872) decía que los hombres crean a los dioses a su imagen y semejanza.

<sup>11</sup> El viejo Dostoievski obligaba a sus hijos a oír largas peroraciones donde se autoelogiaba y los denostaba.

<sup>12</sup> El concepto de “padre real” es complejo. Aquí lo utilizo en el sentido del padre concreto de la realidad familiar, padre deseante, y por lo tanto falente, padre marcado por la castración, y que nunca está a la altura de su función, porque nunca “representará en su plenitud el valor simbólico cristalizado en su función”, como dice Lacan en *El mito individual del neurótico*; ni de su figura idealizada, por lo que será también, -como lo llama Lacan, siguiendo a Claudel-, un padre humillado.

(virtual) del objeto real. Pero es en *Los complejos familiares* que hace entrar a un tercer personaje: el padre. Allí dice que ante la furia fratricida, que no deja de ser una derivación de la rivalidad edípica, es la palabra del padre la que, oficiando como ley, provoca “una acción pacificadora”. Con ella el padre establece la doble prohibición: hacia el niño, “no yacerás con tu madre”; y hacia la madre, “no reintegrarás el fruto de tu vientre”. Con esos movimientos se pasa de una relación dual a una ternaria (simbólica)

Así, el niño queda, por vía del padre real, entre el padre imaginario, aquel que detenta el goce y que luego, como superyó, obliga a gozar; y el padre en su función simbólica, pacificadora, transmitiendo la ley y los ideales. Mientras que uno obliga al goce, el otro habla en nombre de... el Otro, y es allí que radica todo el poder de lo simbólico.

Podemos decir que la modernidad se ha caracterizado por vincular de una manera nueva al yo, los otros y el Otro, de donde se desprende a su vez la articulación diferente entre naturaleza y la cultura, entre los sexos y las generaciones.

No se necesita ser psicoanalista para afirmar que el ser humano se constituye a partir del otro (del deseo del otro). Pero ello conduce a una sucesión regresiva infinita, porque ese otro, a su vez, se constituye a partir de otro, y así sucesivamente, con lo cual el sujeto quedaría sin una referencia fundante. Entonces es necesario, como necesidad lógica y ontológica, inventar Otro absoluto que pueda officiar como referente, como tercero, como ley. Otro trascendental, en terminología kantiana, que permite salir de la relación (sucesión) dual, que siempre es imaginaria y paranoica, y acceder a una relación simbólica.

Ese Otro es el único que se funda en una autoreferencia (es *causa sui*) y puede sostener, como lo hace el Dios de Israel, “Yo soy el que soy”, cosa que nadie más puede hacer. y si alguien lo hace es a costa de alteraciones importantes en relación al Otro y a la realidad.

Pero, ¿qué pasa cuando el Otro desfallece, como sucede en la posmodernidad?

Un recurso es constituirse a partir de la autoreferencia, con lo cual se cae en relaciones duales, imaginarias y paranoicas. Es decir que se precipita en la locura porque solo (un) loco, o Dios, pueden afirmar de esa manera su identidad. La otra precaria salida es la generación de nuevas formas de encarnación de un “Otro”, pero ya no dentro de la ley y lo simbólico, sino como un espectro de lo simbólico.

Cuando el Otro no solo queda en conflicto entre distintos Otros (Dios, el Rey, la República, el Proletariado, etc.), -con muchos de los cuales se las tenía que ver al mismo tiempo el sujeto de la modernidad-, sino “averiado” (D.-R. Dufour), como sucede en la posmodernidad, será en otros que se encarna el Otros.

Con esta “avería” del Otro, ¿dónde queda el padre?:

-como nada, en tanto padre real, y por lo tanto eludida la castración y lo simbólico;

-o como padre terrible, bajo las figuras vicariantes de la banda, o su variante la patota; la pandilla; la secta; la sumisión al líder, la droga, el mercado.<sup>13</sup>

Estas dos formas generan lo que algunos autores (J.-P. Lebrun) han llamado “perversión ordinaria”, para describir un tipo de comportamiento que no solo se refiere a las prácticas sexuales sino a todo el funcionamiento social, y que no solo lo desarrollan los llamados perversos desde el punto de vista patológico, sino que son prácticas también de los neuróticos. Se lo denomina perversión no es solo en sentido descriptivo sino porque en ellos lo que predomina es el mecanismo de la desmentida.

-La otra forma, que habitualmente, pasa desapercibida, es lo que Dany-Robert Dufour llama “la psicosis fría”.<sup>14</sup>

Tomaré ejemplos aportados por Dufour y agregaré otros para mostrar su extensión.

Una mujer embarazada hace una ingesta excesiva de alcohol y pierde el embarazo. Atribuye el aborto a dicha ingesta de alcohol y recurre a los tribunales aduciendo que en la botella no decía que el alcohol es dañino al embarazo y ella eso no lo sabía. Se falla a su favor.

Más elocuente aún. Un hombre tenía una mascota que se ensucia. El hombre la baña y como ve que el perrito está tiritando, lo coloca en el microondas para secarlo, con lo cual el perro implosiona. El personaje recurre también a los tribunales que le dan la razón porque él no sabía los efectos del microondas y en el instructivo del uso del microondas no decía que no se deben poner en él a secar animales vivos.

El tercer caso es de una madre y una abuela que son asistidas por un médico ya que se encontraban en un dilema que no pueden resolver y las llenaba de angustia: no saben qué hacer porque dudan si deben o no darle de comer al niño un huevo. No está de más aclarar que la madre

<sup>13</sup> Dufour D.-R. *El arte de reducir cabezas*. Cap. I. Ed. Paidós. Buenos Aires. 2007. Debo a esta obra la línea general de este desarrollo.

<sup>14</sup> Dufour D.-R.- *Locura y Democracia*. Cap. IX. Ed F. C. E. México. 2002.

ha tenido otros hijos y la abuela varios hijos y nietos. ¿Cómo es posible que esas mujeres entren en pánico y queden paralizadas al pensar que pueden matar al niño por darle un huevo?

Frente a estas expresiones uno diría, en la forma más coloquial: “¡eso es loco!” Y lo es, no en el sentido de las psicosis “calientes”, esas con grandes producciones delirantes, -que no por casualidad estaban tan llenos de una pelea con Dios, como es el caso de Schreber; o por posesiones diabólicas, incubos y súcubos; o por invasiones extraterrestres-, tan propias de la modernidad. No, estas son formas “pobres”, “frías”, sin delirio, y hablan de una falla en el pensamiento que no puede recurrir ni al razonamiento lógico ni a la experiencia, y que provoca una fuerte alteración de relación con la realidad.

Daré otros ejemplos de esta “locura corriente”,<sup>15</sup> situaciones que pasan por normales y a las cuales casi ni se les presta atención, muchas de ellas está en relación con la razón instrumental y con los “progresos” de la tecnociencia, al punto de ser avaladas por el Estado y la justicia.

El primero, el mencionado en páginas anteriores, de la mujer que quiso hacer uso de embriones frutos de la fecundación de su óvulo con espermatozoides de su exmarido, contra la voluntad de este, y la justicia falló a su favor. El segundo, el de esa Yocasta posmoderna que ofreció su útero para anidar en él un huevo fruto de la unión de un espermatozoide de su hijo homosexual y el óvulo de una donante. El tercero, el de un cirujano que, cual nuevo demiurgo, en una operación de transexualidad quiso injertar un himen, no para simular una virginidad sino para emular al Creador. El cuarto, el de la burbuja inmobiliaria de EE. UU. que, a sabiendas de que iba a explotar en algún momento, se la siguió inflando, con las consecuencias mundiales que estamos viviendo. El quinto, el del descuido criminal para la humanidad respecto a los glaciares y la selva amazónica. Y el último ejemplo, mucho más nuestro, más “banal”, más común: se trata de la afirmación del Presidente de la República quien, desde su propia investidura, pudo declarar: “así como te digo una cosa te digo la otra”. Afirmación que queda fuera de la lógica y que nos habla de un peligroso decaimiento de lo simbólico. Y la lista sería interminable.

Hablar de una “avería” del Otro, es otra forma de decir que “Dios ha muerto” o que el Nombre del Padre ha dejado de operar.<sup>16</sup> Con ello la articulación entre el padre real, el padre simbólico y el padre imaginario, al faltar el cuarto anillo, el del Nombre del Padre, se ha desligado. Esta sería la causa de la de la “locura corriente”, posmoderna, esta “psicosis fría”.<sup>17</sup>

Esta locura corriente se puede entrelazar y potenciar con los tipos del mal que ha descrito Žižek: el mal del yo, del ello y del superyó. El *mal del yo* se expresa en conductas egoístas y está en estrecha relación con el sentimiento de fragilidad y vulnerabilidad narcisista. El *mal del superyó* es el de aquellos que explican sus actos como cumplimiento de ideales o como defensa ante amenazas a la vida, a la patria, a la religión, a la raza, a la democracia, etc. El *mal del ello* se expresa en conductas violentas e inmotivadas que aparecen como meras descargas y de las que, en una primera instancia, no pueden dar explicación, y que no responden a un cálculo egoísta ni a una razón ideológica. Estas tres formas del mal, además, se pueden combinar entre sí. Por ejemplo: las “razones” que se aducen para explicar las conductas motivadas por el mal del superyó pueden ser “utilizadas” como justificación, en una segunda instancia, de los actos causados por el mal del yo o el mal del ello.<sup>18</sup>

Las tres formas del mal son expresión de la manera en que se ha encarnado el Otro y su efecto en la constitución del yo, del ello y del superyó.

<sup>15</sup> Digo “locura corriente” como se ha hablado de “fascismo corriente”. Con el adjetivo “corriente” quiero designar algo que se expande por la sociedad, que pasa desapercibido o se toma como lo “normal” y lo correcto, y que determina nuestras maneras de sentir, de pensar y de actuar, sin ninguna instancia crítica. Algo así como una de la banalidad, en el mismo sentido que Hannah Arendt hablaba de la “banalidad del mal”.

<sup>16</sup> “El sistema capitalista deja como resto expulsado a una enorme cantidad de sujetos, de los cuales se ocupa reduplicando dicha expulsión con la pena y la reclusión. La destitución subjetiva es así efecto del sistema, su resultado es la angustia, y el pasaje al acto es el único paraguas que el sujeto encuentra para mediatizar su relación con el Otro. El círculo se cierra con cientos de jóvenes presos, a los que, casi como una ironía, ‘hay que reinsertar en la sociedad.’” Andrea Homene. – “Jóvenes en conflicto con la ley”. *Página/12*. Jueves 6 de octubre. 2011.

<sup>17</sup> Debo este desarrollo a un intercambio de ideas con mi amigo Diego Speyer.

<sup>18</sup> Žižek S. – *Las metástasis del goce*. p. 114-115. Ed. Paidós. Buenos Aires. 2003. “El mal del ello -dice Žižek- pone en escena, pues, el más elemental ‘cortocircuito’ en la relación del sujeto con el perdido objeto-causa elemental de su deseo: lo que nos ‘molesta’ en el otro (judío, japonés, africano, turco...[el pobre, el marginal]) es que parece tener una relación privilegiada con el objeto, el otro o bien posee el objeto-tesoro porque nos lo ha arrebatado (y por eso no lo tenemos), o bien plantea una amenaza para nuestra posesión del objeto.”

Entonces, a todo esto, ¿cómo han quedado las figuras del padre?

El padre real no es ya necesario como engendrador, a lo sumo lo que se necesita es un espermatozoide, pero en tanto padre paternal ocupa funciones que antes eran consideradas como exclusivamente maternas, con lo cual se establecen nuevas forma de relación con su esposa y sus hijos, sin duda más ricas. El riesgo es que ello puede ir en detrimento de la función simbólica apareciendo solamente como una especie de madre sustituta, tal como es el esposo-de- la. Madre en los trobriandeses y los arapesh.

Desde su función simbólica, si las condiciones son propicias, sigue estableciendo la prohibición hacia la madre, hacia el hijo y hacia sí mismo en tanto padre real, transmitiendo ideales y valores, sentando las bases para el lazo social y la pertenencia dentro de un mismo horizonte interpretativo.<sup>19</sup> El problema, no menor, es que esa función simbólica no está refrendada en el imaginario social, y entonces, cuando el padre la va a ejercer, no tiene el apoyo de ese tercero que es el que legitimaba su papel.

Por último, el padre imaginario persiste, ya sea como figura terrible que agrede, viola y mata, pero que, a diferencia de muchos padres de la modernidad, comete estos horrores como meros actos, sin conflicto y sin culpa; y todo esto como expresión individual o como prerrogativas de los Estados; o bien queda sustituido en las formas de la banda, la secta, la veneración al jefe, la adicción a las drogas, el consumismo, etc., todas ellas consecuencias del triunfo del mercado. “Poderoso caballero es don Dinero”, decía Francisco de Quevedo en el siglo XVII, pero antes, en el siglo XII, decía lo mismo un poeta goliardo, aunque ni Quevedo ni los goliardos hubieran podido sospechar la evolución del capitalismo.

En suma: hemos matado a Dios y ha desaparecido el padre patriarcal, pero al padre en la posmodernidad, cuya presencia es incierta, lo encontramos como una figura prescindible en el seno de la familia y de la cultura; ya sea como una figura terrible; o, en el mejor de los casos, como un padre paternal, cumpliendo, además de las funciones simbólicas, que desde luego no son exclusivas de él, otras que eran imposible imaginar en el padre del patriarcado.

\*

Jesús, tanto en el *Evangelio según san Mateo* como en el *Evangelio según san Lucas*, invoca la Palabra del Otro como lo que cimenta y hace lazo social. Pero si “Dios-padre ha muerto” y no hay qué o quién lo sustituya simbólicamente, quedamos sin la palabra fundadora y, por lo tanto, el lazo social se pierde presa del vértigo de lo imaginario.

¿Cómo recuperar la dimensión de lo simbólico, sostén del trabajo de la cultura (*Kulturarbeit*), en un mundo en que la Palabra está siendo destruida por el mercado?

---

<sup>19</sup> Desde luego que hoy por hoy no podemos sostener que es solo el padre que puede ser el operador de la metáfora paterna ni que la madre siempre sea una engolfadora de sus hijos.